

LOS REYES DE PORTUGAL

EL REY DON CARLOS



EN los tronos europeos no hay soberano que tan legítimamente pueda decir que nació en el regazo de la libertad como el rey de Portugal. Su abuela paterna Doña María de la Gloria, fué la graciosa personificación de la libertad portuguesa. Aquella gentil enseñanza de diez años, que estuvo desterrada de su patria en unión de la libertad, y que reflejaba en el limpio azul de sus ojos y en la candidez nívea de su faz los colores de la bandera sagrada, era la más tierna idealización del Derecho, en contraposición del despotismo envilecedor. Su bisabuelo D. Fernando de Braganza fué el soldado intrépido que dejó el cetro para empuñar la espada y para ir á arrostrar cien veces la muerte por defender la causa de sus tiernos hijos y de la libertad naciente. Su abuelo materno fué aquel legendario Víctor Manuel, que venera la Italia como el paladín de su unidad y el sostén de sus libertades. Su bisabuelo Carlos Alberto fué el iniciador de la cruzada italiana y el mártir de su causa sagrada. Así todas las tradiciones de su raza se identifican con la causa popular; la sangre que corre por sus venas viene de sangre heroica, pronta siempre á derramarse por las más nobles aspiraciones de nuestro siglo; los

personajes de que más se ufana, porque son sus próximos ascendientes, son los mismos de que dos nobles naciones se enorgullecen, porque fueron sus emancipadores; y el ejemplo, la educación, los recuerdos de familia se adunan para formar un espíritu esencialmente moderno, que no ve en su realeza sino fórmulas de régimen liberal, que sólo la considera como la expresión del pueblo para bien del pueblo instituida.

Ha sufrido amarguras en su corto reinado, pero la nación también le ha visto siempre asociarse á sus dolores, participando en la mayor parte, de sus sacrificios. Instruído, delicadamente educado, dando á todos el ejemplo de la más alta moralidad en el trono, sería por las virtudes cívicas uno de los más nobles ciudadanos de su país, si no fuese el primero por su nacimiento y por las instituciones que respeta, como bien pocos en Portugal las saben respetar. Apenas tiene veinte y nueve años, pero por el razonar de su espíritu, los tres años de su reinado pueden contarse doblados como los años de campaña. La herencia que recibió es gloriosa y pesadísima. Si viene de progenie enlazada en el siglo actual con la libertad, enlázase también en los siglos anteriores con las más puras glorias de nuestro país. Desciende de Don Pedro IV, pero descende también de Don José I. Aquél fué en Portugal el iniciador de la libertad, pero éste fué el fundador de un imperio colonial que unido hoy, aunque cercenado, es inmenso. Libertad y colonias, todo parecía próximo á abismarse en tremendo cataclismo cuando este monarca subió al trono en su edad juvenil. Todas las facultades de su espíritu, todas las abnegaciones de su corazón empleáronse por el joven monarca en la ardua tarea de conservar al país aquellos preciosos bienes de que era depositario. Si hay una vaga tristeza en sus ojos, es porque un hombre que no tiene treinta años ya vió aparecer en el horizonte, como Carlos Alberto el espectro de Novara, como Don Pedro IV la visión del 7 de Abril. Y luchó y venció porque tiene dos grandes cualidades para estas luchas: el patriotismo ardiente y la lealtad inquebrantable, y todos saben que ninguno como él ama y respeta la Libertad y la Patria.

LA REINA DOÑA AMELIA

Si la Providencia no escaseó al rey D. Carlos las amarguras y las contrariedades; si le trató cruelmente rodeando su elevación al trono de todas las circunstancias trágicas que le pudieran abrumar, dándole como primer presagio en los momentos de su aclamación la llegada á Lisboa del emperador del Brasil, su tío, destronado y desterrado, levantándose luego al segundo mes de su gobierno el temporal del conflicto con Inglaterra, dióle al mismo tiempo, como compensación de todas aquellas angustias, la más dulce, la más tierna, la más inefable compañera, que tiene en la hermosura de su rostro y en la majestad de su estatura, el reflejo de la belleza de su alma y de la alta nobleza de sus pensamientos. La reina Doña Amelia no es sólo el ángel del hogar que suaviza con la pureza de su espíritu y con la ternura de su corazón las

amarguras del hombre que se acoge á su seno herido y quebrantado por las más terribles luchas; no, en esas luchas la tiene también como compañera dulce é intrépida y en ellas se hace sentir la mágica influencia de su serena sonrisa. Cuando cruza entre el pueblo, atormentado también por las angustias nacionales, algún rumor pernicioso, basta que ella aparezca serena, sonriente, afable, maternal, dando á los hijos del pueblo un afecto como el que la enlaza á sus propios hijos, irradiando en las agitadas masas el calor que conforta y la luz que purifica de su hogar doméstico, para que las vagas murmuraciones se transformen en aclamaciones entusiastas.

La Providencia parece que los destinaba el uno para el otro. Ella nació dos años después que su esposo, pero en el mismo día y en el mismo mes, bajo la influencia de la misma estrella. Él tiene en sus venas la sangre del rey soldado y del *re galant'uomo*, ambos paladines de la libertad. Ella tiene la sangre del rey ciudadano, del amigo de Lafayette. Ambos han recibido la misma educación moderna, ambos han bebido con la materna leche el amor al pueblo y el sincero respeto á las instituciones liberales. Encontráronse y amáronse antes de saber que las conveniencias políticas tenían preparada su unión. Su noviazgo fué un idilio en vez de ser, como casi siempre en estos altos casamientos, un protocolo. Y así fué como Dios edificó este nido de afectos en este tronco de realeza, en torno del cual desencadenó las tempestades, como á las veces labran el nido las golondrinas en los picos de altísimos torreones, en torno de los cuales serpentean los rayos.

Nada hay que altere la conformidad de estas dos naturalezas, tan singularmente destinadas á unirse. Ella tiene el amor al estudio, las altas preocupaciones intelectuales: con una instrucción rarísima en las señoras, tiene el santo amor de los libros, y á la vez que escribe con grande elegancia es también primorosa artista, y hábil en todos los ejercicios físicos, especialmente como tiradora insigne. Ha recibido una completa educación física, distinguiéndose sobre todo en los ejercicios de equitación. Y de todo esto resulta que emana de esta familia modelo una fragancia de bondad, de amor y de ventura, que inspira al pueblo el respeto y el afecto que tan necesarios son para el prestigio de la primera magistratura nacional.

En el palacio donde hoy se hospedan respírase la misma atmósfera de virtud; pero como en todo tiene que haber compensación, contrasta con la alegría de su feliz matrimonio la melancolía de una viudez precoz, borrando, sin embargo, los festejos de una nación radiante de confianza y de fuerza en el porvenir, las tristezas de una nación de luto.

Madrid, 15 de Noviembre de 1892.

PINHRO CHAGAS



S. A. R. DON LUIS FELIPE MARIA CARLOS

PRÍNCIPE HEREDERO DE LA CORONA DE PORTUGAL

Nació en Lisboa el 21 de Marzo de 1887.



SS. MM. FF. DON CARLOS I DE BRAGANZA Y DOÑA MARÍA AMELIA DE ORLEANS, REYES DE PORTUGAL

ESCUELA DE ESTUDIOS
HISPANO-AMERICANOS

BIBLIOTECA